

Prof. M. Isabel Larrea

En conmemoración al centenario
del nacimiento de Gabriela Mistral.

Leer y percibir las connotaciones estéticas de un himno cumbre en nuestra poesía chilena como es "Sol del trópico" no es una tarea fácil para el estudiante. Nuestro objetivo más elemental será, entonces, abrir algunas claves que permitan proseguir un análisis más riguroso en otros estadios del sistema poético del texto incluido en *Tala*, proponer algunas indicaciones metodológicas básicas teniendo presente que su extensión y riqueza puede entregar variantes analíticas de sumo interés.

Su inscripción en *Tala* se construye de modo consciente en la sección América e inaugura la serie de *Dos himnos*: "Sol de trópico" (I) y Cordillera (II). Tal inserción nos sitúa, de hecho, en el centro de una temática importantísima en la obra mistraliana y que tiene que ver con su concepción mítico-religiosa del mundo. Este hecho no ha quedado desapercibido por la crítica mistraliana. Eliseo Diego, Luis Oyarzún, Gastón Von dem Bussche y Hugo Montes han reflexionado sobre este sentimiento poético que recorre tanto la producción en verso como en prosa en la obra de Mistral. Para Diego, la poesía mistraliana posee un americanismo esencial, expresado en una lengua *ritual, entera, arquetípica y arcaica* propia de las voces de las antiguas razas sagradas de mayas, quichés, quechuas y aimarás fundidas con otra voz, la de los salmos bíblicos. De esta integración nace un idioma propio puro y original con el cual la poetisa invoca las materias para crearlas de nuevo. Von dem Bussche (1) piensa que este americanismo no es sólo el resultado de una predilección por los temas americanos sino que su causa más profunda sería su *tragicidad religiosa de índole primitiva, mágica e idolátrica* que pervive constantemente plena de significaciones míticas a través de las cosas y hombres de nuestros continentes. Esta poesía, que busca la "dimensión total", incluye los temas americanos para otorgarles rotundas significaciones metafísicas. Así, la Cordillera, el Sol o el Maíz de América se transforman, en su poesía, en guardianas no sólo del destino histórico del hombre sino que también de su alma. Por su parte, Luis Oyarzún (2) expresa que la poesía mistraliana "posee el mérito de ser una especie de introducción al reino de criaturas inanimadas de nuestra América" no sólo para nombrarlas y describirla sino que "brota poéticamente animada de los versos de Gabriela Mistral y aparece humanizada, espiritualizada, ordenada alrededor de la presencia viva del hombre". Su sentimiento religioso se une a su visión extática y maternal del cosmos. Esta visión de Oyarzún coinciden con la de Hugo Montes quien concuerda con el carácter no anecdótico ni de interés histórico de la poesía americanista sino con una concepción primitiva, ritual y sagrada (3).

Análisis de *Sol del Trópico*

Sol del trópico.

Sol de los Incas, sol de los Mayas,
maduro sol americano
sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron
y en el que viejos aimarás

(1) VON DEM BUSSCHE, GASTÓN: *Visión de una poesía*, Santiago, Ediciones AUCH, 1957.

(2) OYARZÚN, LUIS: "El sentimiento americano en Gabriela Mistral" Sur XV (1946), 137, pp. 48-53.

(3) MONTES, HUGO: *Poesía actual de Chile y España* Barcelona, Sayma, 1963, Cap. II y III.

como el ámbar fueron quemados.
Faisán rojo cuando levantas
y cuando medias, faisán blanco,
sol pintador y tatuador
de casta de hombre y de leopardo.
Sol de montañas y de valles,
de los abismos y los llanos,
Rafael de las marchas nuestras,
lebre de oro de nuestros pasos,
por toda tierra y todo mar
santo y seña de mis hermanos.
Si nos perdemos que nos busquen
en unos limos abrazados,
donde existe el árbol del pan
y padece el árbol del bálsamo.

Sol de Cuzco, blanco en la puna,
Sol de México, canto dorado,
canto rodado sobre el Mayab,
maíz de fuego no comulgado,
por el que gimen las gargantas
levantadas a tu viático;
corriendo vas por los azules
estrictos o jesucristianos,
ciervo blanco o enrojecido
siempre herido, nunca cazado...

Sol de los Andes, cifra nuestra,
veedor de hombres americanos,
pastor ardiendo de grey ardiendo
y tierra ardiendo en su milagro,
que ni se funde ni nos funde,
que no devora ni es devorado;
quetzal de fuego emblanquecido
que cría y nutre pueblos mágicos;
llama pasmado en rutas blancas
guiando llamas alucinados...

Raíz del cielo, curador
de los indios alanceados;
brazo santo cuando los salvas,
cuando los matas, amor santo.
Quetzalcoatl, padre de oficios
de la casta de ojo almendrado,
el moledor de los añiles,
el tejedor de algodón cándido.
Los telares indios enhebras
con colibríes alocados
y das las grecas pintureadas

al mujerío de Tacámbaro.
¡Pájaro Roc plumón que empolla
dos orientes desenfrenados!

Llegas piadoso y absoluto
según los dioses no llegaron,
tórtolas blancas en bandada,
maná que baja sin doblarnos.
No sabemos qué es lo que hicimos
para vivir transfigurados.
En especies solares nuestros
Viracochas se confesaron,
y sus cuernos los recogimos
en sacramento calcinado.

A tu llama fié a los míos,
en prava de ascuas acostados.
Sobre tendal de salamandras
duermen y sueñan sus cuerpos santos.
O caminan contra el crepúsculo,
encendidos como retamos,
azafranes contra el poniente,
medio Adanes, medio topacios...

Desnuda mírame y reconóceme,
si no me viste en cuarenta años,
con Pirámide de tu nombre,
con pitahayas y con mangos,
con los flamencos de la aurora
y los lagartos tornasolados.

¡Como el maguey, como la yuca,
como el cántaro del peruano,
como la jícara de Uruápan,
como la quena de mil años,
a ti me vuelvo, a ti me entrego,
en ti me abro, en ti me baño!

Tómame como los tomaste,
el poro al poro, el gajo al gajo,
y ponme entre ellos a vivir,
pasmada dentro de tu pasmo.

Pisé los cuarzos extranjeros,
comí sus frutos mercenarios;
en mesa dura y vaso sordo
bebí hidromieles que eran lánguidos;
recé oraciones mortecinas
y me canté los himnos bárbaros,
y dormí donde son dragones
rotos y muertos los Zodíacos.

Te devuelvo por mis mayores
formas y bulto en que me alzarón.
Riégame así con rojo riego;
dame el hervir vuelta tu caldo.
Emblanquéceme u oscuréceme
en tus lejías y tus cáusticos.
¡Quémame tú los torpes miedos,
sécame lodos, avienta engaños;
tuéstame habla, árdeme ojos,
sollama boca, resuello y canto,
límpiame oídos, lávame vistas,
purifica manos y tactos!

Hazme las sangres y las leches,
y los tuétanos, y los llantos.
Mis sudores y mis heridas
sécame en lomos y en costados.
Y otra vez íntegra incorpórame
a los coros que te danzaron,
los coros mágicos, mecidos
sobre Palenque y Tihuanaco.

Gentes quechuas y gentes mayas
te juramos lo que jurábamos.
De ti rodamos hacia el Tiempo
y subiremos a tu regazo;
de ti caímos en grumos de oro,
en vellón de oro desgajado,
y a ti entraremos rectamente
según dijeron Incas Magos.

¡Como racimos al lagar
volveremos los que bajamos,
como el cardumen de oro sube
a flor de mar arrebatado
y van las grandes anacondas
subiendo al silbo del llamado!

Nuestra proposición de lectura pretende describir y develar algunas relaciones que se producen en el acto de enunciación lírica teniendo presente el modo cómo el texto nos conduce a la construcción del universo imaginario y los aspectos que determinan la construcción de nuestra lectura (4). Sabemos que sólo las frases referenciales permiten tal construcción, que la comprensión es un proceso distinto al de la construcción y, por último, que todo acto de enunciación es una experiencia única, subjetiva e insustituible. Sin embargo, en el discurso literario —poético, en este caso— es posible ir develando las frases no referenciales, es decir, aquellas no retenidas en el momento de la lectura como construcción haciéndolas participar de una lectura diferente. Los parámetros fundamentales en el discurso lírico surgen necesariamente de la *voz del hablante y de las relaciones que éste establezca con el objeto poetizado*.

(4) TODOROV, TZVETAN: "La lectura comme construction", *Poétique* 24, 1975.

Naturalmente que la palabra del hablante, aunque de un grado distinto, asume el objeto fusionándose con él y proyectándole toda su subjetividad. No obstante lo anterior, subsiste una cierta “distancia” con el mundo objetivo que en el caso de “Sol de trópico” se expresa en la actitud de la enunciación lírica (5).

1.1. El objeto poético:

El “Sol” en tanto objeto de alabanza himnica propia de un texto sacro, reúne una variedad de códigos sémióticos que unidos implican una unidad de sentido mítico-religioso. El Sol, símbolo arquetípico de nuestras culturas precolombinas tanto en la cosmogénesis como en la evolución del pensamiento mítico, centra la totalidad del poema. Sus atributos divinos se hacen sincréticos, de suerte que es posible reconciliar las distintas visiones mítico-religiosas del referente americano. Los indicios más interesantes se observan en este código de orden sagrado ya sea por medio de atributos específicos o por su pertenencia a un espacio propio de América: sol del Trópico, de incas, mayas, quichés o aimaráes; sol que rige la naturaleza americana con sus valles, abismos y llanos; sol de todo lo creado en este nuevo mundo cuya extensión geográfica también se explicita: desde México a los Andes. En síntesis “veedor” y “padre” de América, es decir, divinidad omnipresente y creadora.

Por otra parte, el objeto poético concentra esta visión idolátrica y primitiva mediante un código atributivo, de índole variada que el hablante propone mediante una serie de epítetos, metáforas y enumeraciones que revisten al objeto de cualidades sagradas y míticas como, asimismo, permiten un lenguaje ritual y simbólico.

a) El sol posee atributos zoomórficos propios de nuestras antiguas culturas precolombinas o de nuestras reminiscencias del mito clásico para de aquí expresar un modo particular de connotaciones religiosas, míticas y simbólicas proyectadas en el tipo de animal o en su cromatismo. A modo de ejemplo observemos: ‘faisán rojo/blanco’, ‘lebrez dorado’, ‘pájaros Roc’, ‘Quetzal’, etc.

b) Atributos propios de la función sacerdotal y rectora del objeto poético. Se le denomina: ‘padre de oficios’, ‘veedor de hombres americanos’, ‘pintador y tatuador’, ‘pastor’, ‘curador’, ‘moledor de añiles’ o ‘tejedor’ expresando en su diversidad una misión fundamental y propia del sacerdote-chamán o de Cristo como guía piadoso y absoluto de su pueblo elegido.

c) Atributos propios de las divinidades indígenas o seres angelicales de connotación bíblica como ‘Rafael’, ‘Viracocha’ o ‘Quetzalcoat’, seres sustentadores y tutelares que proveen la vida espiritual y material, protectores del camino y, por último,

d) Atributos de índole enigmática, mágica o numinosa que acompañan a la profundidad del misterio del hombre: ‘cifra nuestra’, ‘santo y seña’, ‘raíz del cielo’, ‘amor santo’, ‘maná’, ‘canto dorado’. Tal diversidad de epítetos entregan al objeto poético marcas de significación atávica y existencial que reitera la vehemencia del lenguaje primitivo, telúrico y ritual tan propio de Mistral. El verbo poético pareciera exorcizar a la divinidad para acercar al sujeto lírico e incorporarlo, luego, en su propia humanidad terrena. En esta suerte de innovación ritual, letanía de nombres y roles en que se funde el hablante, proyecta su visión en una voz colectiva, objetiva y casi épica propia del rapsoda que ‘reconoce’ a los que ‘fueron’ sus hermanos incas, mayas o aimaráes, castas mágicas purificadas en ritual poético, sustancia del canto trasfigurada en barro genital (“Si nos perdemos que nos busquen en unos limos abrazados”).

1.2. El hablante poético:

Contextualizar la voz del hablante es, como ya hemos enunciado, fundamental para valorar el sentido mítico, religioso y americanista de este poema. Los metatextos que inscriben su situación discursiva han sido explicitados al inicio de esta lectura y permiten, sin lugar a dudas, un desarrollo mayor sobre todo si leemos intertextualmente “Sol de trópico” y “Cordillera”.

Nos interesa, por ahora, mostrar tres focalizaciones de carácter pronominal que incluye el

(5) KAYSER, WOLFGANG: *Análisis e interpretación de la obra literaria*, Editorial Gredos, Madrid, 1968.

hablante en su acto de discurso y cuyas diferenciaciones constituyen tres modos de acercamiento al objetivo poético y divinizado. La primera que se ubica, principalmente, entre los versos 1–12 la podemos vincular a una voz colectiva, objetiva y rapsódica y que es utilizada en la descripción y distanciamiento relativo del objeto poetizado como un modo de reconocer su superioridad y su carácter divino. Este hecho permite la construcción himnica, el lenguaje ritual y sagrado y la presencia de símbolos propiamente míticos: “Faisán rojo cuando levantas/ y cuando medias faisán blanco,/ sol pintador y tatuador/ de casta de hombre y de leopardo”. El tiempo elíptico, casi ausente evoca también el carácter sagrado y permanente, recorre la historia de los grandes imperios; en otras palabras, es, divinidad eterna que reduce al hombre (“como el ámbar fueron quemados”) a la contingencia de la historia con raíces fundadoras. Todo el sistema poético participando de esta voz entera y arquetípica puede reconocer a la divinidad como ‘padre’, como ‘raíz del cielo’, fundamento y piedra angular de América. Como divinidad ancestral omnipresente se funde con los elementos telúricos y se convierte en alimento santo (“maíz de fuego”—“maná”) o se fusiona con el canto y la poesía (“canto dorado”—“canto rodado sobre el Mayab”) para dar al hombre un sustento fuerte en su peregrinar (“viático”).

El reconocimiento de las viejas civilizaciones americanas pasa al propio hablante, el cual, en una segunda focalización discursiva, da paso al ‘nosotros’ como un modo de vivenciar la experiencia del pasado en la opción poética. De esta manera, el objeto poético, formará parte de su caminar histórico (“Rafael de las marchas nuestras,/ lebril de oro de nuestros pasos”) con una distinción religiosa y mítica distinta aunque activa siempre. El correlato bíblico se integra a la percepción telúrica anterior, se hace “cifra nuestra”, es decir, síntesis de nuestra cultura indoeuropea hecha de concepción religiosas distintas pero que enriquecen invariablemente nuestra visión del mundo.

La tercera focalización del acto de enunciación se instala en el ‘yo’ del sujeto lírico y es la relación de mayor profundidad, subjetividad y comunión con lo sagrado. La alabanza himnica se pregona con intensidad y vehemencia de modo que se produce una fusión de intenso misticismo con el objeto poético. De un reconocimiento esencial e individual del yo a un deseo de reconocimiento por parte de la divinidad renace la voz más lírica del hablante convertida, ahora, en criatura nueva, renacida de la fuerza elemental y tutelar del padre sol (“a ti me vuelvo, a ti me entrego,/ a ti me abro, en ti me baño”). Su condición trashumante, peregrina e incompleta trasciende en acto poético el cual toma carácter de invocación litúrgica, ensalmada en la precariedad del verbo que pide un reconocimiento existencial: riégame, emblanquécame, quémame, sécame, tuéstame, sollama, purifica, etc. son unos de los tantos ruegos de jaculatoria que el hablante-orante expresa. La intensidad de estos versos sólo se suaviza en la vuelta al nosotros como integración del acto de enunciación en el elemento sagrado: (“Como racimos al lagar volveremos / los que bajamos,”).

Conscientes que sólo hemos podido perfilar una síntesis del proceso de lectura de este poema queremos dejar la inquietud de incursionar estos códigos mítico-religiosos, poéticos y retóricos que hacen de “Sol de trópico” un poema cumbre de las letras hispanoamericanas.

INSTITUTO DE FILOLOGIA HISPANICA